

Ana Alonso

El lenguaje de los pájaros

Ilustraciones de
Beatriz Castro

ANAYA



PIZCA DE SAL



El lenguaje de los pájaros



PIZCA DE SAL

1.ª edición: febrero 2024

© Del texto: Ana Alonso, 2024
© De las ilustraciones: Beatriz Castro, 2024
© De las fotografías del dossier: © Archivo Anaya (Canto, M.;
Cosano, P.; Fernández Vega, J.; Martín, J.A.; Rico, J. J.; Ruiz, J.B.);
iStock / Getty Images (Agustin Orduna; Amorn Suriyan;
Cristiano Gala; Gert Hilbink; Henk Bogaard; MikeLane45;
mirceax; RuthBlack; Wirestock; Yuriy Balagula).
© Grupo Anaya, S. A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-143-3711-0
Depósito legal: M-32827-2023
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

El lenguaje de los pájaros

Ilustraciones
de Beatriz Castro



ANAYA

*Dedicado a Darío,
que me regaló la idea de escribir este libro.*

«¡Vengan, pájaros valientes!
¡Volemos, deslicémonos, surquemos el cielo!

El amor ama las cosas difíciles.
¡Vamos ya de camino!».

El coloquio de los pájaros

PETER SÍS

CAPÍTULO 1

Mi amigo Roi y yo no nos parecemos en nada. Bueno, sí, en una cosa bastante importante. Somos los únicos de la clase de sexto que no tenemos móvil. A lo mejor por eso, desde hace un par de años estamos bastante unidos, y creo que estoy empezando a entenderle mejor. Mejor que el resto de la gente, quiero decir. Es que entender a Roi no es nada fácil. Él mismo lo dice.

—Candela, ¿por qué quieres ser mi amiga? Yo no puedo tener amigos.

Cuando le digo que eso es una tontería, frunce el ceño y le brillan los ojos. Sé que se está controlando para no echarse a llorar.

—No es una tontería. Yo no entiendo a la gente. Ni siquiera me entiendo a mí mismo. Y la gente no me entiende a mí. No tiene solución.

Es verdad que Roi siempre ha sido distinto de todos los demás, desde Infantil. A veces podía estarse quieto en el mismo sitio durante horas y si le preguntabas o le

hablabas, era como si no te viera. Casi nunca se animaba a jugar en grupo. Y otras veces, sin que nadie supiera por qué, se enfadaba muchísimo, tiraba el cuaderno al suelo, se tiraba él detrás y tenía una rabieta de niño de tres años... Solo que ya estábamos en segundo o en tercero.

Ahora, esas cosas ya no le pasan. Cada vez se controla mejor. Pero de vez en cuando, en medio de una clase, cuando el profesor le pregunta algo, se levanta y contesta mientras anda nervioso por toda el aula y el grupo de Alonso y sus mosqueteros no se molesta en disimular las risitas. Él se da cuenta entonces de que está haciendo algo raro y se vuelve a sentar. Normalmente, explica tan bien las cosas que yo ni siquiera me fijo en los gestos raros que hace, en si manotea mucho o se pone de pie y luego vuelve a la silla cuatro o cinco veces... Me gusta escucharle, ¡sabe tanto! Sobre todo, de historia, pero también de animales y plantas, de arte, de música...

En Matemáticas es un *crack*, y no conozco a nadie que haya jugado una partida de ajedrez con él y le haya ganado. Antes teníamos ajedrez de extraescolar los martes, pero, cuando Roi empezó a ganar siempre al profesor, él dijo que ya no tenía nada nuevo que enseñarnos y cambiaron el ajedrez por un taller de reciclaje.

Roi me contó una vez que había descubierto lo que le pasaba.

—Bueno, no es seguro. Es solo una hipótesis —me advirtió antes de soltar la bomba.

—¿Qué es una hipótesis?

—Una suposición que hacen los científicos o los médicos y que hay que comprobar.

—Bueno. Y ¿cuál es la suposición, en tu caso?

—Que tengo un TEA muy leve. Podré ser independiente, ir a la Universidad y hacer vida normal. Pero tendré que vivir con ello.

—¿Qué es un TEA?

—Trastorno del espectro autista.

Me entró un dolor de barriga horrible. Aquello sonaba terriblemente mal.

—No pongas esa cara —dijo Roi—. No voy a morirte. No es una enfermedad mortal. Ni siquiera es una enfermedad. Es un trastorno. Y ni siquiera saben qué tipo de trastorno. Del espectro autista quiere decir que son un montón de casos diferentes que no tienen casi nada en común, solo unas pocas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Pues, no sé. Conductas estereotipadas. ¿Ves cuando me pongo a dar vueltas por el patio y no paro y los pequeños vienen detrás de mí y empiezan a imitarme? Me pone furioso. O cuando me pongo a jugar con el afilapuntas y no puedo dejarlo. O mordisquear papel...

—Yo no veo que sean cosas tan graves.

Roi se encogió de hombros.

—La gente normalmente no actúa así. Por eso es un trastorno.

—¿Y qué más cosas diferentes haces? —pregunté.

Roi me miró serio.

—Me conoces desde primero de Infantil. Dímelo tú. ¿Qué cosas raras hago? Porque, como para mí no son raras, yo no sé qué decirte.

—A ver... Te mueves sin parar cuando nos ponen un vídeo. A veces te levantas y das vueltas por la clase. Cuando eras pequeño y alguien te decía algo malo, te tapabas los oídos y te ponías a cantar muy fuerte. Ahora no cantas, pero cierras los ojos y a veces te tapas los oídos. También lo haces cuando hay ruidos fuertes. Y otra cosa de la que me he dado cuenta es de que, en clase, te pasas muchos ratos tan metido en ti mismo que no te estás enterando de nada. Estás pensando en tus cosas...

—No es así. Eso se lo he querido explicar a mi madre, pero no me ha entendido. Cuando estoy metido en mí mismo... no es eso, no estoy pensando. No estoy haciendo nada. No estoy en ninguna parte. Es como si algo en mi cerebro hiciese clic y se cerrara.

—Eso suena muy raro.

—Ya. Por eso soy TEA. Potencialmente.

Roi habla así, con muchas palabras largas y complicadas que la gente no suele usar. Pero no creo que eso sea por su trastorno, sino porque su padre también se expresa de esa forma. Se llama Anselmo, es arquitecto y hace cosas muy importantes que yo no sé muy bien lo que son. Ahora lleva cuatro meses en Dubái, desde noviembre, y Roi lo echa mucho de menos.

Otra característica de los TEA (esto lo encontré yo en internet) es que necesitan estabilidad. Necesitan rutinas, orden, que nadie trastoque su mundo.

Si el profe Joaquín se hubiese tomado la molestia de intentar entender a Roi alguna vez, esto también lo sabría él. Y no habría pasado lo de hoy en su clase de Educación Física.

Estamos ensayando una coreografía para la fiesta de fin de curso. Joaquín le pone mucho entusiasmo. Quiere convencer a toda la clase de que bailar no es solo una cosa de chicas. A mí la música que ha elegido (una mezcla de *trap* y reguetón) me suena a los coches de choque de la feria, pero bueno, la coreografía es divertida y bastante fácil, y, cuando la hacemos todos juntos, queda espectacular, porque cada grupo está haciendo una cosa y visto todo al mismo tiempo...

Roi no opina lo mismo, claro. Para él, tener que estar horas oyendo en bucle esa canción a todo volumen es como si lo estuvieran torturando. Hoy ha empujado el ensayo tapándose los oídos y sentándose en un rincón. Joaquín ha ido a hablar con él mientras los demás repetíamos una combinación de pasos que es un poco rápida y complicada, pero yo los estaba espiando desde mi puesto entre Sara y Mila.

No oía bien lo que decían, porque la música estaba a tope y en el gimnasio hay mucho eco, pero la cara que estaba poniendo Joaquín mientras regañaba a Roi no me ha gustado ni un pelo. Parecía muy enfadado,



casi amenazador. Yo sé que Joaquín es un trozo de pan en el fondo, no le haría daño ni a una mosca. Y también entiendo que le exige a Roi lo mismo que a los demás porque quiere ser justo. Piensa que, si lo trata de un modo especial, todos vamos a pensar que es porque es hijo de su compañera Encarna.

Todo eso está muy bien y lo puedo entender, pero el que no lo entiende es Roi. Él solo ve a un hombre de casi uno noventa de estatura inclinado sobre él, hablándole muy alto y haciendo gestos con el puño.

Pensé que iba a salir corriendo, pero, para mi sorpresa, Roi siguió cabizbajo a Joaquín hasta su puesto en la primera fila de bailarines. Otro error del profe. ¿Por qué colocas en primera fila a alguien que no quiere bailar y que no se sabe los pasos? Seguramente era para que Roi se los aprendiese mejor, pero fue una equivocación.

La canción empezó por séptima vez. ¡Joaquín había subido el volumen! Roi cerró los ojos apretando los párpados muy fuerte y se tapó los oídos, pero luego, enseguida, se los destapó. Empezamos a hacer la coreografía. Todos nos sabíamos bastante bien la primera parte. Roi también, creo. Pero estaba bailando con los ojos cerrados y apretados, y llevaba el ritmo muy acelerado. Iba a destiempo. Y, como no miraba, cada vez daba pasos más grandes, hasta que al hacer un giro se chocó con Sara.

Sí, precisamente con Sara. También es mala suerte.



Con su habitual tono burlón, Sara le espetó:

—Quítate de mi camino, pato.

Joaquín acababa de parar la música, así que todos lo oímos. Roi abrió los ojos y, sin apartarse ni un milímetro, miró a Sara con la boca entreabierta.

—¿Qué pasa? Bailas como un pato mareado —insistió Sara, dando un paso hacia atrás—. Y ahora pareces un oso alelado. Si no cierras la boca te vas a tragar una mosca.

Roi cerró la boca.

—Estamos en abril. Todavía no hay moscas —dijo.

—Venga, no discutáis —intervino Joaquín, yendo hacia ellos desde el rincón del equipo de música—. Volvemos al principio.

Ocupamos las posiciones otra vez. Todos, menos Roi. En silencio, fue a por su mochila, que estaba colgada de la espaldera. La cogió, abrió la puerta del gimnasio y salió al patio.

Joaquín se asomó a la puerta para llamarlo.

—¡Roi! Tienes cinco minutos para ir al servicio y calmarte. Después, te quiero ver aquí otra vez.

Joaquín cerró la puerta, pulsó el mando para poner otra vez la música y seguimos con el ensayo. Pasaron más de cinco minutos. Y más de quince. Pero Roi no había vuelto.

A Joaquín le caían gotas de sudor por las sienes. Puede que fuera por el esfuerzo del baile. Pero yo creo que era por lo de Roi. Estaba empezando a preocuparse.

—Candela, vete a buscar a Roi —me dijo—. Que ese, cuando se despista... Mira a ver dónde está y tráelo a la clase.

Cuando ya estaba cruzando el patio, Joaquín me llamó desde la puerta del gimnasio.

—Si no está en el servicio, mira en la clase... A lo mejor está con Encarna.

Encarna es la madre de Roi y también nuestra profesora de sexto. Pero yo sabía que Roi no estaba con ella. Si hubiese ido a buscarla, Encarna lo habría traído de vuelta al gimnasio.

No. Y tampoco estaba en el servicio.

Cuando Roi no aguantaba el ruido, se iba a buscar silencio. Y para eso, tenía que escaparse del colegio.

El lenguaje de los pájaros

La mente de Roi funciona de una manera especial. Por eso, a veces se altera mucho con las bromas de sus compañeros. Pero ser diferente también tiene sus ventajas; por ejemplo, Roi asegura que ha captado el canto de un pájaro nuevo en el bosque. Casi todos piensan que eso es imposible, pero su amiga Candela los irá convenciendo de que Roi está detrás de una pista verdadera, un misterio que los llevará a descubrir cómo el cambio climático puede afectar hasta a los rincones más cercanos a nuestras casas.

Con este libro aprenderás...

Sobre los pájaros y sus cantos, y sobre los desafíos a los que se enfrentan las personas neurodivergentes.

Ciencias de la Naturaleza



PIZCA DE SAL

¡Para hacer más sabrosa la lectura!

ISBN 978-84-143-3711-0
9 788414 133710
1589102

ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com